

**Guadalupe Reinoso
(Ed.)**

El poder de la argumentación

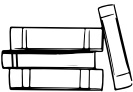
Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas



El poder de la argumentación.

Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas

Guadalupe Reinoso
(Ed.)

Colecciones
del CIFYH 

El poder de la argumentación : filosofía, desacuerdos y prácticas argumentativas / Cristina Bosso... [et al.] ; editado por Guadalupe Reinoso. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1773-0

1. Filosofía Moderna. I. Bosso, Cristina. II. Reinoso, Guadalupe, ed.

CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas y diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



¿Qué podemos aprender de los desacuerdos?

Escepticismo y prácticas de la argumentación

Guadalupe Reinoso*

No estar de acuerdo con otras personas parece un fenómeno muy común en nuestras vidas diarias. Podemos adoptar posturas enfrentadas sobre un mismo asunto, por ejemplo: qué cenar, sobre los efectos del cambio climático, sobre cuál es el mejor programa de televisión en Brasil, sobre si debemos usar o no el lenguaje inclusivo. A partir de este abanico variado de ejemplos podemos hacer una primera distinción: existen desacuerdos que pertenecen al ámbito práctico, en el que debemos tomar decisiones; y existen desacuerdos que pertenecen al ámbito teórico, en el que no hay una demanda de acción. Otra distinción posible es entre aquellos desacuerdos en los que nuestras preferencias personales son importantes y otros en los que esas preferencias deben dejarse de lado. Imaginemos la siguiente situación: con una amiga decidimos salir a tomar unas cervezas. Definimos ir en autobús, para que las dos podamos degustar las cervezas sin preocuparnos por quién va a manejar a nuestro regreso. En la parada vemos un autobús a la distancia. Yo digo: ese es el que debemos tomar. Mi amiga dice, no, ese no es. Cuando se acerca lo suficiente y podemos distinguir claramente el número y color, descubrimos que era el correcto. Subimos. Ya en el bar vemos la carta, mi amiga dice que seguramente la mejor cerveza es la APA porque no es tan fuerte (sólo tienen 5% de alcohol) pero tiene cuerpo (37 de IBU, que es la medida para el amargor). Yo le digo que para mí seguramente la mejor será la Red Irish porque al igual que APA tiene 5% de alcohol pero sólo 17 de IBU, lo que la hace muy fresca y liviana sin perder los tonos de la malta caramelo y tostada que caracterizan a la cervezas rojas. Cada una pide su cerveza y la disfruta. Comenzamos a conversar sobre una conocida en común que se declara terraplanista. Nos parece una locura. Para nosotras es innegable que la tierra es redonda. Hablamos de nuestras abuelas que creían fervientemente en Dios. Nosotras

* Universidad Nacional de Córdoba, CONICET, SeCyT; guadalupe.reinoso@unc.edu.ar

nos declaramos ateas. Nosotras queremos recibir la vacuna contra el Covid-19 y estamos a favor de defender un programa de vacunación público y masivo. Hablamos de un conocido que no quiere vacunarse y que en las redes sociales compartió información en contra de las vacunas.

Aquí aparecen diferentes clases de desacuerdos. El primero sobre el autobús se resuelve fácilmente al observar detenidamente. El segundo es un desacuerdo sobre gustos o preferencias personales. El tercero sobre la forma de la tierra tiene que ver con la educación y la ciencia y declaramos que el terraplanismo es una posición equivocada. El desacuerdo sobre religión, parece un desacuerdo sobre preferencias porque no intentamos que él otro cambie de opinión. Y el desacuerdo sobre las vacunas parece combinar la libertad individual que se basa en las propias preferencias y las consecuencias negativas de compartir cierta información que pone un manto de sospecha sobre las vacunas transitando una pandemia. Este ejemplo combina un desacuerdo sobre preferencias –elegir vacunarme o no- y un desacuerdos de opiniones –la clase de información que se comparte y cómo evaluamos esa información como válida, falsa, tendenciosa, etc. Este último desacuerdo implica para nosotras que se divulga información distorsionada porque en muchos casos se sospecha del trabajo científico por no entender la dinámica de la investigación en ciencias.

Qué actitud deberíamos adoptar sobre nuestras creencias frente al desacuerdo: ¿debemos cambiar nuestras creencias para alcanzar un acuerdo? ¿O deberíamos sostener nuestras creencias iniciales mejorando las razones que podemos ofrecer para seguir sosteniéndolas? Estar en desacuerdo ¿muestra que algunas de las posiciones en disputa está equivocada? ¿Existe una única posición correcta? ¿Es siempre posible el diálogo, el intercambio argumentativo, cuando se presentan desacuerdos? ¿O los desacuerdos siempre generan conflicto? El escepticismo antiguo o pirronismo, especialmente como queda esbozado en los escritos de Sexto Empírico (Siglo II DC), tomó la experiencia cotidiana y compartida de los desacuerdos como el puntapié inicial para comenzar a filosofar. Desde esta orientación filosófica se asume que lo más importante no es resolver el desacuerdo, sino comprender qué clase de desacuerdo tenemos o enfrentamos. A diferencia de las filosofías dogmáticas, los escépticos pirrónicos sospechan de las respuestas definitivas que pretenden terminar con el desacuerdo porque entienden que pueden ser el producto de la precipitación y no de haber hallado la verdad.



En *Esbozos pirrónicos*, Sexto Empírico detalla los diferentes tropos o figuras argumentativas que pueden utilizarse para contraponer, a cada tesis o argumento ofrecido, otro igualmente creíble pero opuesto. Al igual que en una balanza, los argumentos a favor y en contra, por resultar igualmente creíbles, se equilibran. Ya no se afirma, ni se niega, se suspende el juicio sobre la respuesta definitiva a favor o en contra de lo que está en disputa. Así entendida la habilidad de argumentar y contra-argumentar sobre cada asunto parecen establecerse nuevos desafíos: ¿todas las opiniones tienen la misma importancia o validez? ¿Podemos ser tolerantes frente a cualquier clase de opinión? En relación con la libertad de expresión: ¿todo puede ser dicho o expresado? ¿Podemos hacer humor sobre cualquier tema? No es que el pirrónico niegue que ciertas opiniones cuenten con más respaldo que otras; tampoco niega que no podamos distinguir entre creencias compartidas y supersticiones o fantasías; o que no sean posibles los consensos o acuerdos en nuestra vida cotidiana. Sin embargo, el ejercicio en el uso de los tropos le enseña que esos consensos o acuerdos son posibles pero no son definitivos, que pueden ser revisados, que a veces son producto de criterios sesgados, otras veces de criterios pragmáticos, otra vez del uso de la fuerza, pero en ningún caso, hasta el momento, se basan en una verdad irrefutable como pretenden los dogmáticos.

Muchos filósofos contemporáneos que podemos ubicar bajo la orientación pirrónica al compartir esta mirada crítica sobre el dogmatismo han dado importancia vital a los desafíos que establecen los desacuerdos: R. Fogelin (1932-2016), O. Porchat (1933-2017), L. Wittgenstein (1889-1951). En 1985 Robert Fogelin publicó un breve artículo “La lógica de los desacuerdos profundos” en el que declara la preocupación por el lugar que ocupa la argumentación cuando surgen discrepancias extremas que parecen no tener resolución. Inspirado en una serie de párrafos de *Sobre la Certeza* (1969) de Wittgenstein establece primero las condiciones para “el lenguaje de la argumentación” entendido como el intercambio de razones de peso o razones apropiadas. Concluye que este intercambio sólo puede darse cuando se comparte un trasfondo o contexto de creencias y preferencias ampliamente compartidas y un acuerdo en los procedimientos de resolución de discrepancias. A diferencia de los contextos normales de intercambio argumentativo, a veces nos topamos con contextos anormales en los que el intercambio argumentativo se torna imposible. La imposibilidad de la argumentación se debe a que no contamos con un trasfondo

previo y compartido de creencias, preferencias y de procedimientos de resolución de discrepancias. Fogelin llama a estos casos “desacuerdos profundos” y los describe como desacuerdos que no tienen posibilidad de resolución racional. Una vez más recurre a Wittgenstein para concluir que la única vía para combatir los desacuerdos profundos es la persuasión, entendida como un conjunto de técnicas no argumentativas y no racionales.

Si volvemos a las fuentes antiguas escépticas podemos descubrir que el uso de los tropos no excluye el uso de la persuasión, más bien combina el uso de argumentos estrictamente lógicos con argumentos que no siguen esa rigidez. Sexto Empírico cierra *Esbozos pirrónicos* indicando que “el escéptico, por ser un filántropo, desea curar por medio del discurso la arrogancia y precipitación de los dogmáticos con arreglo a su intensidad. (...) así el escéptico plantea argumentos de distinta fuerza y se vale de los fuertes y capaces de destruir con contundencia la enfermedad de la arrogancia dogmática en aquellos que están gravemente atacados por la precipitación, y reservando los más suaves para quienes están afectados por la enfermedad de la arrogancia de manera superficial y se los puede refutar por medio de formas de persuasión más suaves”, [HP III. 280-81]. Desde una revitalización del escepticismo antiguo podemos entender que los desacuerdos pueden cumplir una función propedéutica porque no quedan reducidos a un modelo que los entiende sólo en términos de combate refutatorio. Desde el Neopirronismo contemporáneo, los desacuerdos profundos y el intercambio argumentativo que provocan pueden ofrecer la oportunidad de entender mejor nuestra propia posición, esclarecer debilidades y prejuicio propios y ajenos, conocer otros sistemas de creencias o culturas, nos permiten, por contraste, la revisión parcial de nuestro punto de vista inicial. Rescatar esta función propedéutica de los desacuerdos sólo es posible si no los reducimos a un choque combativo y entendemos a nuestras prácticas argumentativas de un modo enriquecido. Así, el escepticismo es una orientación filosófica que aboga por el uso creativo de la práctica argumentativa persuasiva que no tiene como único objetivo refutar de modo definitivo al oponente. El ejercicio en el uso de los tropos, en la habilidad de argumentar y contra argumentar, nos permite entender mejor qué clase de desacuerdo enfrentamos, qué nos diferencia, qué compartimos, qué buscamos; permite un cambio de mirada y de actitud ya que podemos detectar cuándo nos precipitamos y cuándo somos arrogantes y dogmáticos en el sostenimiento de nuestras

opiniones. Asumir esta orientación escéptica permite una visión plural y cooperativa tanto de los desacuerdos como de la argumentación.

La gramática de los desacuerdos

En sintonía con este enfoque escéptico y la revitalización del pirronismo en el siglo XX me interesa recuperar un aspecto de la propuesta metodológica que Wittgenstein propuso para desarrollar su filosofía: el análisis gramatical. En años recientes el problema de los desacuerdos ha sido discutido no solo desde las teorías de la argumentación, sino también desde la epistemología. Una de las claves del debate de la epistemología del desacuerdo es entender, en primer lugar, por qué se dan los desacuerdos y, en segundo lugar, esclarecer una clase especial de desacuerdos: el desacuerdo entre pares epistémicos. La noción de par epistémico hace referencia a Feldman que la definió en estos términos: “involucran personas inteligentes, serias y atentas, con acceso a información disponible y relevante que llegan a conclusiones distintas e incompatibles. Al menos superficialmente, ambas partes del desacuerdo parecen ser razonables en sus creencias” (Feldman, 2006, p. 219). Desde el enfoque Christensen (2007) el desacuerdo no está uniformemente distribuido en nuestro sistema de creencias. Existen grandes cuerpos de creencias, como la ciencia o las matemáticas, en las que los desacuerdos tienden a ser resueltos y otros sectores, como la moral o la filosofía, en los que el desacuerdo florece sin un horizonte claro de resolución. Este fenómeno de distribución no equitativa de los desacuerdos se explica por la idea de fallo epistémico por parte de los agentes que debería poder superarse a través de mejores métodos o criterios perfeccionados de resolución. En otras palabras, el desacuerdo en moral o en filosofía nos debería hacer cuestionar, frente a un par epistémico con el que no acordamos, la calidad de nuestras razones para sostener nuestras creencias iniciales y para sostener la afirmación de conocimiento y del progreso en su consecución. Así, el desacuerdo entre pares epistémicos estimula la corrección de los estándares de conocimiento de los agentes, o al menos la debería estimular. Este debate promueve la discusión de los desacuerdos en términos de virtudes y fallos epistémicos de los agentes.

Así descriptos estos enfoques parecen excluirse mutuamente. Por un lado, la noción de par epistémico permite descartar casos de desacuerdos profundos irresolubles al establecer vías racionales para su resolución ya

que todas las creencias serían potencialmente modificables a través de un examen crítico. En este sentido no habría creencias exentas al escrutinio racional y se reivindica la importancia de los argumentos para el pensamiento crítico. Por otra parte el enfoque de los desacuerdos profundos negaría la noción idealizada de par epistémico como agentes que compartirían el mismo acceso a la evidencia y las mismas habilidades cognitivas. Además, la apelación a los desacuerdos profundos negaría que la explicación de la adquisición y sostenimiento de algunas de nuestras creencias desde un esquema racionalista también idealizado que deja de lado cualquier elemento no epistémico (las emociones y afectos, por ejemplo) como parte de nuestra racionalidad. Considero que con Wittgenstein podemos pensar un tercer modo de concebir y enfrentar los desacuerdos: una perspectiva gramatical que no se centra en los posibles fallos epistémicos por parte de los agentes ni en las conclusiones negativas sobre la imposibilidad de resolución argumentativa-racional de los desacuerdos profundos.

Wittgenstein nos enseña que el problema de los desacuerdos no es un problema que deba entenderse sólo a partir de limitaciones emocionales o intelectuales que nuestra racionalidad deba resolver, es más bien un problema semántico o gramatical que emerge de nuestros múltiples usos del lenguaje. Esto no significa que los desacuerdos sean reducidos a desacuerdos verbales (no acordar en los significados de las palabras). Más bien desde este enfoque lo que se establece es que para comprender qué clase de desacuerdo enfrentamos debemos entender en qué prácticas o contextos emergen ya que cada práctica o contexto tiene sus propias regulaciones o reglas de intercambio. De este modo, de lo que se trata es de determinar frente a qué clase de desacuerdo me encuentro a través del estudio de las funciones que los diferentes relatos tienen, estudiar el contexto en el que adquieren sentido, detectar las acciones no lingüísticas que generan, etc., en palabras de Wittgenstein “hemos de arar a lo largo de todo el lenguaje”. Este enfoque gramatical sobre los desacuerdos muestra que buscar resoluciones epistémicas para todos nuestros desacuerdos es un sinsentido. Una vez negado el escenario deliberativo común esto no implica que los relatos alternativos queden aislados o encapsulados de modo que no podamos comprenderlos.

Lo que Wittgenstein nos recuerda con este estudio gramatical de los desacuerdos es la gradación en las clases de desacuerdo para señalar la

variedad en nuestras respuestas cuando nuestras certezas o convicciones son, o parecen ser, negadas por otros. A veces nuestra respuesta es la confrontación. A veces nuestra respuesta es la apelación a las costumbres y la educación. Otras veces declaramos que ciertos planteos superan el límite de lo razonable. De este modo, una investigación gramatical, que incorpore el estudio de las prácticas y acciones concretas en las que los fenómenos a estudiar emergen, permite delimitar los tipos de evaluaciones desencaminadas: cuando evaluamos como creencias empíricas las creencias que se asientan en convicciones profundas; cuando pedimos razones y justificaciones a creencias que se adquieren por la confianza en nuestros padres o maestros; cuando consideramos como creencias erróneas a las creencias que no se basan en evidencia empírica, etc. De esta forma, en la metodología propuesta por Wittgenstein es posible distinguir entre superstición, locura, investigación desencaminada, desacuerdo distante y desacuerdo cercano.

Wittgenstein está, en última instancia, introduciendo un problema de distinciones gramaticales que se relaciona con ciertos aspectos de la conducta humana pero estas distinciones no propugnan qué es qué, sino más bien buscan favorecer una investigación que es abierta y *a posteriori*. De este modo la recomendación metodológica de la investigación gramatical que apela a las acciones, prácticas y modos de vida como elemento esencial para usar y comprender nuestros conceptos permite de un modo más fecundo determinar qué clase de desacuerdo enfrentamos sin apelar a la explicación de la discrepancia en términos de limitaciones cognitivas o emocionales de los agentes. Este enfoque gramatical tampoco niega la importancia que la ciencia tiene en las disputas epistémicas ni aboga por estrategias “irracionales” cuando enfrentamos desacuerdos profundos.

De este modo podemos aprender que no existe una clase homogénea de desacuerdos y tampoco de consenso, que esta variedad no se debe solo a cómo surgen o entre quiénes se establece, sino a qué función cumplen. Algunos desacuerdos nos desafían a mejorar nuestras prácticas argumentativas porque el objetivo es convencer al otro que está equivocado; otros veces el objetivo es aclarar la posiciones diversas; otras, evaluar la calidad de las razones que ofrecemos para sostenerlas; otras, nos ayudan a identificar en qué discrepamos; y a veces, nos ayudan a reformular de un modo más claro el problema sobre el que discrepamos. Desde nuestro enfoque neopirrónico, el modelo del tratamiento gramatical es el que favorece la

habilidad de distinguir la riqueza de las funciones diversas que poseen los desacuerdos y las prácticas argumentativas.

Referencias Bibliográficas

- Christensen, D. (2007). Epistemology of disagreement: the good news. En *Philosophical Review*, 116(2), pp. 187-217.
- Feldman, R. (2006). Epistemological puzzles about disagreement. En S. Heatherington (Ed.), *Epistemology Futures*, New York: Oxford University Press, 2006, pp. 216-236.
- Fogelin, R. J. (1985). The logic of deep disagreements. *Informal Logic* 7, 1-8.
- Porchat, O. (2006). Rumor ao ceticismo. UNESP
- Sexto Empírico. (1993). *Esbozos pirrónicos*. Gredos.
- Wittgenstein, L. (2009). *Obra completa*, Tomo I y II, Madrid: Gredos.